

nada en fin insoportable por lenta acumulación. Pero Ana Verónica no tenía la menor idea de esta intolerable injusticia». La charla de las gentes que la rodean, de estas gentes que parecen profundamente preocupadas del mundo tal como debiera ser, evoca en ella «la imagen de un barco que navegara con tiempo adverso, a una ribera que es la opuesta a aquella en donde sopla el viento del amor». Ahora bien, ella ha llegado «a darse cuenta que el problema de su propia existencia no es en realidad sino un caso particular del problema de todas las existencias femeninas, al cual se hallaba irreparablemente unido; y en seguida que el problema de toda existencia femenina se reduce al amor». Como ella se dice a sí misma tan lindamente, mirando un día a una alondra que se deja caer sobre su nido oculto en la hierba: «Matrimonio y maternidad, y todo el resto no es tal vez sino música».

«Una punta de ironía se mezcla en cierto modo a la simpatía con que se considera esta «singular categoría social, formada de individuos ocupados en soñar el progreso mundial, grandes cambios fundamentales y una edad nueva que reemplazaría a la era de la violencia y del desorden que es la vida actual».

«Propiamente hablando, Wells no es, pues, socialista. A la ciencia, no al socialismo, le pediría los principios de una organización natural de la vida del individuo y de la sociedad. Con más exactitud todavía puede decirse que sólo los pide a la naturaleza misma y a la vida. Pero son éstas realidades cuyo misterio es difícil descubrir, y es necesario desde luego, para invocar con legitimidad esos secretos en su apoyo, tener seguridad de haberlos descubierto. No es nuevo este deseo humano de saber para prever y poder. ¿Qué sabe hoy el hombre? Menos sabía aún cuando le era preciso poner en práctica sus previsiones. Así, día por día, se formaron las sociedades, con sus costumbres y sus leyes. Y no es justo ni cuerdo juzgarlas del único punto de vista de la ciencia y de la

razón. Haciéndolo, nos exponemos, como Wells, a condenar la realidad en nombre del ideal y a soñar en imposibles transformaciones».

El Manifiesto de R. González Pacheco y T. Antillí, Montes de Oca 972—Buenos Aires.—La primera página:

«Como escriben las aves en el aire— a revuelos de elocuencia y golpes de ala, queremos escribir la primer página... Así nos verá el que lea, a veces cerca del sol, agitando las dos manos. Y a veces a ras de abismo, seguidos por una estela de plumas, la gritería.

Es ley. Lo que en su grandeza rebasa a su propio cuño debe escribirse en el aire; chispas de hogueras de genio que cerca del sol se abaten como alas, o gestos de fe en la gloria que muerden azul de cielo como un cincel en un mármol.

Es ley. El dolor del Cristo—blanco dolor como de agua, nos viene desde la cruz, en el aire. De Siberia nos vinieron, entre un vendabal de gritos, paradojas como plantas. Y todas las sendas líricas—sendas azules abiertas a flor de cielo—también por ley, es preciso viajarlas a golpes de ala... ¡Entonces nadie se extrañe si sobre esta primer página el viento se arremolina como en las cumbres y tal cual dolor le cruza, seguido por una estela de gestos, la gritería...!»

Uno de los primeros artículos:

“La sencillez

«Hay fines, objetos, motivos de obrar tan sencillos que no pueden aceptarlos las personas de inteligencia complicada. Hacer más bueno al semejante, integrarlo en la posesión de su personalidad, completar ésta—como se completan al calor del sol los frutos en el árbol—y no hacer «sociología», por ejemplo, les parece a estos señores una obra de tal manera ingenua, y tan mediana, que se dan prisa por volvernos al camino como a pobres inexpertos.

«No bien anunciamos querer una cosa con sencillez—la libertad de un